

Fecha 12.01.2010	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



¿Guerra fallida o *pax narca*?

No puede sino compartirse la desesperanza con que muchos ven los resultados de la guerra del gobierno federal contra el narco. Lo que no se encuentra en esas críticas es qué puede hacerse en lugar de lo que se hace.

Prospera el argumento de que la guerra no sólo es un fracaso, sino que es la causa de la violencia que se registra en algunos lugares. Es la crítica alzada por el gobernador de Coahuila ante la muerte de un periodista: de esto no había aquí hasta que llegó la Federación a presionar y a romper el equilibrio.

Nadie se atreve a decir que en su paraíso local no había un problema con el narco. La crítica es que había un cierto acomodo funcional que la guerra desacomodó.

Escoger entre males es un viejo dilema de la política y de la vida. Empieza a oírse que el mal previo era menor que el mal presente y que entre la guerra fallida y la *pax narca* anterior, esta segunda podría ser preferible.

Parece demasiado decir que el acomodo con la *pax narca* era mejor o que será mejor para el futuro. Como si el narco fuese un actor público razonable, y no la fuerza corruptora, violenta y desmesurada que es.

Conviene recordar que la guerra emprendida por el gobierno federal a partir de 2006 fue una respuesta a los ya escandalosos niveles

que alcanzaba no la *pax*, sino la guerra *narca* por rutas y territorios.

En todo caso, la pregunta sigue vigente: si no es esta guerra fallida la que hay que hacer, esta guerra que multiplica con su presión la lógica homicida de los cárteles, ¿qué otro camino hay? ¿Qué hacer y qué no hacer en lugar de lo que se hace?

¿Rediseñar la estrategia? ¿Sacando al Ejército y a la Marina de las tareas policiales? ¿Para sustituirlas con qué? ¿Devolverle a los gobernadores su acomodo anterior con el narco? ¿Dejar que cada quien arregle su gallinero y haya intervenciones federales sólo a petición de parte local?

El campo de batalla es un horror, que duda cabe. La caravana de cadáveres pone los pelos de punta. Los errores y traiciones gubernamentales, documentados en el curso de la guerra, crean dudas sobre la viabilidad de la victoria oficial y sobre su solidez institucional para la tarea.

Los rangos mismos de lo que sería una victoria parecen confusamente definidos, quedando claro sólo que nadie cree posible obtener una victoria. La orden de batalla es contención, no victoria.

Hay mucho que corregir y todo por revisar. Pero el dilema duro sigue ahí: ¿Combate, por imperfecto que sea, o complicidad? ¿Guerra fallida o *pax narca*? ■ M

acamin@milenio.com

